

FUENTES

SAN BASILIO

(CARTA A SU AMIGO GREGORIO)

Noticia biográfica

San Basilio, apellidado el Grande por los griegos, fue en el siglo IV el gran obispo de Cesarea, pero antes, siguiendo los consejos de Macrina su hermana, abandono la ciencia del mundo y se dio a la reforma de su vida.

Para ello, durante dos años después de su bautismo, recorrió el Oriente para estudiar la vida monástica. Visito los monasterios de Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia en busca de padres y guías para su alma.

Regresando luego a la región del Ponto, se estableció a las puertas de Neocesarea, en un lugar apartado y agreste, donde se le agregaron varios cristianos deseosos de entregarse a la vida ascética, formándose así un monasterio.

Allí escribió Basilio a su gran amigo Gregorio Nacianceno la carta II que traducimos mas abajo y que es como un primer esbozo de su Regla.

Reproduce, al parecer, los consejos que daba a sus discípulos.

Después de haber vivido cinco años como monje, fue ordenado sacerdote por Eusebio (364) de quien fue enseguida un auxiliar valioso e insustituible hasta que en 370 lo sucedió en esa sede. Durante toda su carrera y sobre todo durante su episcopado, fue el abogado de todas las miserias, y aparece como uno de los más grandes organizadores de la caridad católica, propagando albergues, hospicios, hospitales.

Durante toda su vida lucho contra el arrianismo y después de la muerte del obispo san Atanasio fue el más insigne defensor de la fe de Nicea.

Cuando con la muerte de Valente (378) se estableció en oriente la paz religiosa, Basilio, cumplidas todas sus esperanzas pudo -terminada su carrera- entrar en el gozo de su Señor el 1º de enero de 379.

CARTA II - a su amigo Gregorio*

1. He reconocido tu carta como aquellos que reconocen a los hijos de sus amigos por el parecido con sus padres. En efecto, decir que la disposición del lugar no es suficientemente importante como para inspirar a tu alma alguna intención de compartir nuestra vida, antes de enterarte un poco acerca de nuestras costumbres y de la manera como pasamos el tiempo, era expresar un pensamiento muy tuyo, un pensamiento de tu alma que establece como principio que todo es nada acá abajo comparado con la inmensa felicidad que nos tienen reservadas las promesas.

En cuanto a lo que yo hago noche y día en este lugar apartado, me avergüenzo de escribirlo.

He dejado las ocupaciones de la ciudad considerándolas causa de mil males, y no he podido aun dejarme a mí mismo.

Me asemejo a aquellos que, en el mar, se desesperan por las náuseas que padecen porque no tienen costumbre de navegar a causa de los enormes saltos que da. Se irritan por el tamaño del navío, y pasan de él a una barquilla o a un navío ligero, pero en todas partes tienen náuseas y no saben qué hacer, pues su malestar y su bilis cambian de lugar junto con ellos.

Nuestro caso es parecido. Padeciendo siempre nuestras disposiciones íntimas, nos encontramos siempre con los mismos inconvenientes, hasta el punto que ningún provecho serio hemos sacado de esta soledad.

Entre tanto, lo que se hubiera debido hacer y nos habría permitido seguir los pasos de Aquel que ha mostrado cuál es el camino de la salvación es esto:

“Si alguien quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

2. Es menester esforzarse por mantener el espíritu tranquilo. Así como el ojo que no cesa de posarse aquí y allá, que sin cesar mira hacia arriba y hacia abajo, no puede ver con claridad los objetos, sino que debe detenerse en ellos para verlos con nitidez, del mismo modo el espíritu del hombre, cuando está distraído por los mil cuidados del mundo no puede encontrar el medio de fijarse netamente en la verdad. Al que no está casado, deseos furiosos, instintos desenfrenados y ciertos amores criminalmente amorosos lo turban profundamente; a aquel que ya está unido en matrimonio, le espera un tumulto de preocupaciones de otro género: si no tiene hijos, es el deseo de tenerlos; si tiene hijos, es la preocupación de su educación; es la vigilancia de la mujer, el cuidado de la casa, la dirección de los sirvientes, las pérdidas en los contratos, los conflictos con los vecinos, las querellas en el tribunal, los riesgos del comercio, las fatigas del cultivo de los campos.

Cada día llega con su oscuridad particular para el alma, y las noches se apoderan de los cuidados del día, y distraen el espíritu en las mismas imágenes.

De todas estas cosas hay una sola huida: separarse del mundo por completo.

Ahora bien, retirarse del mundo no es salir de él corporalmente, sino romper los lazos de simpatía que unen el alma al cuerpo, es estar sin cuidados, sin casa, sin bienes propios, sin amistades, sin posesiones, sin medios de vida, sin negocios, sin contratos, sin deseo de ser instruido con conocimientos humanos, dispuesto a recibir de todo corazón las huellas que en él marcan las lecciones divinas.

Pero la preparación del corazón es el olvido de las enseñanzas que se habían posesionado de él como consecuencia de un mal hábito.

En efecto, tan imposible es escribir en la cera si no se ha borrado previamente los caracteres que en ella se encontraban grabados, como confiar al alma las instrucciones divinas si no se han hecho a un lado las ideas que la costumbre había establecido en ella.

Precisamente para este trabajo nos procura la soledad gran ventaja, adormeciendo nuestras pasiones y dejando a la razón en libertad para que el alma pueda desasirse de ellas.

Así como los animales salvajes son fácilmente vencidos con caricias, así los deseos, la cólera, las tensiones y las tristezas, esos animales venenosos y malos del alma, si se los duerme por la no violencia, en vez de exasperarlos por la continua excitación, son más fácilmente vencidos por el poder de la razón.

Sea el lugar tal como lo es precisamente el nuestro, libre de la promiscuidad de los hombres, para que nada venga de afuera a interrumpir la continuidad de la ascesis. Este ejercicio de la

piEDAD nutre el alma de pensamientos divinos.

¿Qué mayor felicidad que imitar en la tierra el coro bienaventurado de ángeles: levantarse para la oración al comenzar el día y honrar al Creador con himnos y cánticos; luego cuando brilla ya el sol con su luz pura, ir al trabajo, acompañado en todas partes por la oración y sazonar por decirlo así su trabajo con la sal de los himnos?

Establecer el alma en la alegría y eximirla de tristezas, he ahí el beneficio que procuran los consuelos de los himnos.

La tranquilidad es pues para el alma, comienzo de la purificación: cuando la lengua no habla de las cosas humanas, los ojos no revolotean para ver los hermosos colores y las bellas proporciones de los cuerpos, el oído no rebaja la energía del alma por el encanto de melodías compuestas para el placer, ni por las ocurrencias de bufones y cómicos, todo lo cual contribuya sobremanera a aflojar la energía del alma.

En efecto, el espíritu que no se dispersa hacia lo exterior, que no se vuelca hacia afuera por los sentidos, se vuelve hacia el interior y por sí mismo eleva el pensamiento a Dios; entonces brillante y resplandeciente con la belleza de Dios, encuentra el olvido de su propia naturaleza: ni preocupación por el alimento, ni preocupación por el vestido distraen su alma, sino que, como se desentiende de las preocupaciones terrenas, vuelca todo su celo en la adquisición de los bienes eternos.

Que bien realizara este la templanza y la fortaleza, la justicia y la prudencia, así como las otras virtudes en que ellas se subdividen, como otros tantos géneros, y que sugieren al hombre de buena voluntad que cumpla como conviene cada uno de los actos de vida.

3. El camino real que lleva al descubrimiento del deber es la meditación de las Escrituras inspiradas. Allí se encuentran las reglas de conducta; y las vidas de los bienaventurados que la Escritura nos ha transmitido son como imágenes animadas de una vida según Dios y propuestas a nuestra imitación en sus buenas obras.

Así pues, cada uno se aplica a estudiar el punto en que se sabe deficiente, y como en un hospital público, encuentra el remedio que conviene a su enfermedad.

Quien esta prendado de la castidad, lee y relee la historia de José y de él aprende la práctica de la castidad al verle no solamente Guardando la continencia frente al placer, sino establecido en dicha virtud.

Junto a Job se hace valiente y animoso. Este hombre, cuando su vida dio un vuelco para tomar la dirección contraria, cuando, por un revés de fortuna, se volvió pobre después de haber sido rico, y privado de sus hijos, después de haber tenido una hermosa descendencia, no solamente se mantuvo igual a sí mismo y conservo siempre su grandeza de alma sino que, cuando sus amigos, que habían venido para consolarle, se pusieron a insultarle y se unieron para aumentar su dolor, ni siquiera se irritó.

Y si alguien se pregunta cómo podría ser al mismo tiempo manso y magnánimo para poder servirse de su coraje contra el pecado y de su mansedumbre con respecto a los hombres, encontrara a David, valiente en sus hechos de guerra y dulce y sereno contra sus enemigos.

Así fue también Moisés, grande de corazón, indignándose con aquellos que pecaban contra Dios y soportando con mansedumbre las calumnias de que era objeto.

En todos los casos, como los pintores cuando copian un cuadro, frecuentemente miran el modelo y se esfuerzan por copiar los rasgos en su propia obra, así el hombre que se aplica al

trabajo de perfeccionarse en toda virtud, debe posar la mirada en la vida de los santos como en estatuas que se mueven y obran, y por la imitación hacer suyo el bien que es de ellos.

4. A su vez, las oraciones que suceden a las lecturas, encuentran al alma mas joven y más alerta pues ha sido sacudida por el deseo de Dios. Es hermosa la oración que imprime en el alma una idea clara de Dios, y eso es alojar a Dios: tener, por el recuerdo, a su Dios instalado en sí.

Así llegamos a ser templo de Dios cuando las inquietudes terrenas no interrumpen la continuidad de este recuerdo, cuando las emociones imprevistas no turban el espíritu, y huyendo de todas las cosas, aquel que ama a Dios se retira cerca de Dios, ahuyenta los deseos que nos invitan al mal y se aplica a las practicas que llevan a la virtud.

5. Ante todo conviene tener el firme propósito de no ignorar el uso que se debe hacer de la palabra, preguntar sin espíritu de disputa y responder sin el deseo de ser admirado, no interrumpir a su interlocutor cuando dice una palabra útil ni desear hacer de su discurso ostentación, fijarse una medida para hablar y para escuchar, aprender sin vergüenza, instruirse sin envidia, y si se ha aprendido algo de otro, no esconder el origen de la ciencia, como las mujeres de mala vida que hacen pasar por legítimo a los hijos que no lo son, sino proclamar con desinterés quién es el padre de esta palabra.

En cuanto a la voz, hay que emitirla en tono medio, de manera que ni la demasiada debilidad de la voz impida ser oídos ni su demasiada potencia fatigue y sólo cuando se ha examinado bien lo que uno se propone decir, se debe hacer oír su palabra.

Se debe ser afable en los encuentros, dulce en las conversaciones; no buscar la simpatía con bromas sino con la acogida amable.

En toda circunstancia debe rechazarse la rudeza aun cuando haya que hacer un reproche.

En efecto, sí te rebajas primero por humildad, serás fácilmente aceptado por aquel que necesita tus cuidados.

A menudo nos resulta provechosa la manera de condenar del profeta, que no impuso en nombre propio a David pecador la fórmula de condenación, sino que se sirvió de una suposición de persona para erigirlo en juez de su propio pecado; de suerte que, habiendo pronunciado de antemano el juicio que caería sobre él, nada podía reprochar al hombre que lo había avergonzado.

6. Lo que acompaña al sentimiento de humildad y bajeza son los ojos tristes y bajos, un aspecto y una cabellera descuidados, un vestido sórdido.

De modo que lo que por razón de las convenciones sociales hacen los que están de duelo, las manifestamos nosotros al exterior, espontáneamente.

Que la túnica esté sujeta al cuerpo por un cinturón, que este cinturón no esté cosido ni encima de las caderas (sería afeminado) ni tan flojo que permita flotar a la túnica, lo cual sería señal de molicie; que el andar no sea desganado, acusando así un alma relajada; pero tampoco impetuoso y arrogante, haciendo, entrever los ímpetus insensatos de esta alma.

El único fin del vestido es ser abrigo, suficiente para el cuerpo en invierno y en verano.

Que no se procure ni los colores floridos ni los tejidos finos y suaves.

Buscar en el vestido los hermosos colores es para el hombre lo que para la mujer procurar belleza mediante afeites en las mejillas o adornos en los cabellos.

Además la túnica debe ser lo suficientemente espesa para que quien se reviste de ella no necesite accesorio para abrigarse.

Que el calzado sea de poco precio pero capaz de cumplir su misión.

Para decirlo en pocas palabras, así como para el vestido conviene atenerse sobre todo a lo útil, del mismo modo en lo que atañe al alimento: el pan satisfará las necesidades y el agua apagará la sed del hombre en buena salud; a esto se debe agregar todas las comidas preparadas con legumbres y que pueden conservar el vigor del cuerpo suficientemente gozoso.

Hay que comer sin demostrar glotonería furiosa, sino conservando siempre la calma, la mansedumbre y la moderación en los placeres; y aún entonces mientras se come, se ha de cuidar que el espíritu inactivo no permanezca lejos del pensamiento de Dios, por el contrario, de la naturaleza misma de los alimentos y de la estructura del cuerpo que los recibe hay que tomar la ocasión para glorificar a Dios: es suficiente el considerar como las diferentes especies de alimentos adaptados a las constituciones de cada uno han sido concebidas por Aquel que todo lo dirige.

Las comidas están precedidas por la oración, para que nos tornemos dignos de los dones de Dios, tanto de los que nos concede al presente como de los que reserva para el porvenir. La oración siga también a la comida, oración de acción de gracias por lo que ha sido dado y de petición de lo que ha sido prometido.

Sea asignada a la comida una sola hora, la misma regularmente, de suerte que de las 24 del día y de la noche, solamente ésa sea acordada al cuerpo; durante todas las demás el asceta debe estar enteramente ocupado en el trabajo espiritual.

El sueño sea ligero, fácil para despertar, en conformidad con la austeridad del régimen y pueda ser interrumpido a voluntad, por la preocupación de las grandes cuestiones.

Dejarse apresar por un profundo sopor y dejar a sus miembros en libertad de suerte que se dé libre campo a fantasías extravagantes, es establecerse en una muerte cotidiana.

Para los que se ejercitan en el aprendizaje de la piedad, la media noche debe ser lo que es el alba para los demás pues la calma de la noche es lo que proporciona solaz al alma; en ese momento ni los ojos ni los oídos llevan hasta el corazón las palabras y los espectáculos nocivos y el espíritu solo y recogido en sí mismo se une a Dios, se corrige por el recuerdo de sus faltas, se impone límites para evitar el mal, y procura obtener el concurso de Dios para realizar la tarea a la que aplica sus esfuerzos.

Traducción del francés por: Sor Paula Debussy, osb
Abadía de Santa Escolástica Victoria. Bs. As. Argentina

Nota: Esta versión castellana ha sido confrontada con el texto griego de la edición bilingüe de las CARTAS de San Basilio, Asociación Guillaume Budé, Paris 1957.

CuadMon 84 (1988) 87-101
MAX ALEXANDER, OSB

LAS REGLAS EPISTOLARES DE SAN BASILIO: O LAS CARTAS 173 Y 22

INTRODUCCIÓN

Estas notas introductorias sólo pretenden ayudar a la lectura del texto basiliano sin ninguna pretensión de erudición ni de originalidad. ¡Leer! Pues bien, la traducción manuscrita nos señala dos claves de lectura: la primera consiste en leer la carta 173 como *incipit* de la carta 22 que le sigue como *corpus*; de esta forma la ha leído la tradición que coloca nuestros escritos como apéndice del *Asceticon*², en su recensión *Vulgata*³. La segunda clave consiste en leerlas como dos cartas separadas, dirigidas la una a una tal *Teodora*, denominada *canónica*⁴ y la otra epístola, numerada como 22 por los editores de la correspondencia basiliana⁵, y que suele llevar el título de *Sobre la perfección de la vida monástica*⁶.

¿Por cuál lectura decidirse? El llorado D. Gribomont, quien ha estudiado con más detención la cuestión no ha resuelto definitivamente el asunto y le parece difícil lograrlo en base a los datos que poseemos⁷.

Para no influenciar la lectura, ni presuponer interpretación alguna, hemos preferido publicar la traducción de la carta 173 en primer lugar y de la de la 22 a continuación, sin ponerles título. Cada uno puede hacer la prueba de lectura conjunta y/o separada.

De todas maneras es bueno llamar la atención sobre el hecho de que la *ep.* 173 tiene alusiones a la condición femenina⁸, tanto es así que toda una tradición manuscrita, -por ello denominada “misógina”-, ha puesto en masculino todo lo que Basilio dirige a sus correspondientes femeninos⁹. La *ep.* 22, a su vez, presupone un público masculino y ha sido denominada por Amand, -con toda justicia-, una *circular a las comunidades “monásticas”*¹⁰.

Una hipótesis interesante de lectura es la de Gribomont, quien propone ver en la *Canónica Teodora*, -entiéndase por canónica a una virgen o viuda inscrita en las listas (= canon) de la Iglesia¹¹-, a la “secretaría” que habla en nombre de una comunidad “doble”, o aun la autoridad principal de dicha comunidad ascética que le pide a nuestro obispo una serie de respuestas y precisiones a inquietudes suscitadas entre sus ascetas. La respuesta de Basilio sería carácter de prescripciones generalizables y útiles para otras comunidades monásticas¹². Esto daría razón de la falta de introducción y de referencias más personales de la *ep.* 22, -lo que justamente es proporcionado por la *ep.* 173 (disculpas por el retraso en la respuesta, referencia a los tiempos difíciles y exposición de los principios generales a observar en una vida ascética como es entendida por Basilio¹³.

La clave de interpretación fundamental está en la identificación de las fuentes bíblicas a las que el mismo Basilio invita a volver¹⁴. Las citas bíblicas no son nada evidentes, y su formulación no pocas veces se aleja del vocabulario del versículo citado; tanto es así que la alusión sólo puede ser identificada, -en algunos casos-, a través de un lugar paralelo del *Asceticon*¹⁵. En resumen: aunque las *epístolas* 22 y 173 no tienen para nada pretensiones literarias o filosóficas, ellas son menos literalmente bíblicas que el *Asceticon* o las *Reglas Morales*. Sin duda eso se debe a que se trata de respuestas a usar en circunstancias concretas de la comunidad que las formuló¹⁶.

¿Es posible identificar o precisar el año de redacción de nuestras cartas? Las características literarias señaladas en el párrafo anterior invitan a colocar su redacción en el período episcopal de Basilio, en una fecha bastante tardía, posterior de todos modos a la redacción de las obras ascéticas. Los editores del epistolario que colocan la redacción de la *ep.* 173 alrededor del año 374, proponen para la 22 una fecha anterior al episcopado (año 364). Gribomont propone una

fecha algo más temprana para la *ep.* 173 y por razones de crítica interna de la *ep.* 22, -alusiones a una jerarquía del “monasterio” consolidada, actuación concreta de principios en situaciones precisas de vida comunitaria-, también coloca esta segunda epístola en el mismo período que la otra, alrededor del año 368¹⁷.

Concluyendo podemos decir entonces que si la *epístola* 2 es como el pimpollo idealista y romántico del que nació y se desarrolló posteriormente todo el corpus ascético de Basilio, las denominadas *Reglas epistolares* son el fruto maduro y realista de quien por propia experiencia sabe que el camino es angosto y la puerta estrecha: muchos prometen seguir vida “monástica”, pero pocos llevan sus propósitos hasta las últimas consecuencias y hasta la perseverancia final.

Tenemos en nuestras epístolas una cuasi definición de lo que en la mente de Basilio es la *profesión monástica*: el compromiso de llevar la observancia del Evangelio hasta cumplirlo en sus detalles más insignificantes, haciéndolo vida en la propia existencia¹⁸. Esta manera de entender el compromiso ascético impedirá que al leer nuestros textos y darnos cuenta de que tienen un carácter de prontuario o lista dejemos aburridos su lectura. Como en el caso de la *Regula Benedicti* 4: *Cuáles son los instrumentos de las buenas obras*, se trata de un espejo de conciencia que ayuda a “verificar” lúcidamente la propia vida...

Notas

1. Nos han servido los siguientes trabajos para nuestra traducción e introducción: J. Gribomont, *Les Règles épistolaires de saint Basile: Lettres 173 et 22*, en *Antonianum* 54 (1979) 255-287; utilizamos la reedición publicada ahora en J. Gribomont, *Saint Basile Evangile et Eglise, -Mélanges-*, Tomo 1 (presentación de E. Bianchi), Bellefontaine 1984, 157-189. Ver sobre nuestras epístolas la presentación citada de Bianchi, p. XV. M. Forlin Patrucco, *Basilio di Cesarea, Le lettere I*, Turín 1983. U. Neri - M. B. Artioli, *Opere ascetiche di Basilio di Cesarea*, Turín 1980, especialmente 25-26 y 635-643. D. Amand, *L'ascèse monastique de saint Basile. Essai historique*, Maredsous 1949.
2. Pronto podrán los lectores de *CuadMon* leer la traducción del *Asceticon* en la retroversión de la traducción latina debida a Rufino.
3. Ver J. Gribomont, *Les Règles...*, 157-158.
4. Ver más abajo párrafo 4 y nota 11.
5. Ver más abajo nota 17.
6. Ver *ep.* 173, notas 8, 13 y 17 y *ep.* 22, nota 1.
7. J. Gribomont, *Les Règles...*, 186.
8. Leer *ep.* 173 I,3 (“Noble Persona”) y II,4 (“modestia en el vestir” / “prudencia en el encuentro con varones”).
9. J. Gribomont, *Les Règles...*, 158 y del mismo, *Histoire du texte des Ascétiques de saint Basile*, Lovaina 1953, 60-62.
10. D. Amand, *L'ascèse...*, 300-301.
11. J. Gribomont, *Les Règles...*, 167; ver *ep.* 173, nota 1.
12. *Idem*, 167 y M. Forlin Patrucco, *Basilio...*, 337-338.
13. *Idem*, 338.
14. Leer *ep.* 173, II,2 y 6 y *ep.* 22, I,1 y II,1.
15. Los paralelos de las GR (= *Grandes Reglas*) y de las PR (*Pequeñas Reglas*) como de las *Reglas Morales* que el lector encontrará en nota tienen esa función de ayuda a ubicar y verificar la fuente bíblica. Entre paréntesis damos el número de la PR en la numeración y orden de la traducción de Rufino, según el cuadro sinóptico brindado por J. Gribomont, *Saint Basile, Evangile...*, 250-255.
16. Ver J. Gribomont, *Les Regles...*, 168 retomado y resumido en M. Forlin Patrucco, *Basilio...*, 338.
17. Los editores maurinos de las obras de Basilio colocan la *ep.* 173 en el año 374 (P. Maran, *Vita S. Basilii Magni Archiepiscopi Caesariensis*, PG 29, y la *ep.* 22 en el año 364 (P. Maran,

PG 32,287 C). Para los otros editores, modernos, y las referencias a las opiniones de Gribomont, ver M. Forlin Patrucco, *Basilio...*, 338.

18. Leer *ep.* 173, II,1 y 2 y notas 7, 8 y 9 a dicha epístola.

CARTA 173¹

TEXTO

I. Introducción y excusas²

1. Lo que nos hace perezosos en escribir, es el temor de que nuestras cartas no siempre lleguen a ser consignadas en manos de tu Caridad, y que, por la poca honestidad de aquellos que cumplen este servicio, cientos de personas las lean antes que tú³, -¡sobre todo en estos tiempos tan revueltos en todo el orbe de la tierra!-. 2. Es por eso que aguardo a que mis cartas sean o bien acremente criticadas o sino reiteradamente reclamadas, para saber, gracias a estas reacciones, si fueron consignadas o no.

3. De todos modos, escribiéndote o guardando silencio, no hacemos más que una única cosa: guardar en el corazón el recuerdo de tu Noble Persona⁴, rogando al Señor para que te permita perseverar y llegar a la meta en el camino de la *magnífica observancia*⁵, según tu *propósito*⁶.

II. Los propósitos de vida evangélica

1. Realmente no es pequeña la lucha que hay que sostener, para vivir con coherencia la promesa hecha en la profesión⁷. 2. Si bien a todos⁸ les es dado poder elegir vivir de acuerdo al Evangelio, ¡cuán pocos conocemos que lleven su observancia hasta los ínfimos detalles, sin descuidar nada de lo que el Evangelio prescribe!⁹. 3. Esto exige tanto dominar la lengua¹⁰, como tener una mirada educada según las intenciones evangélicas¹¹; mover los pies y trabajar con las manos a fin de complacer a Dios¹²; en una palabra, usar de cada miembro de nuestro cuerpo según lo puesto originariamente por nuestro Creador¹³. 4. Es necesaria la modestia en el vestir, la prudencia y la reserva en los encuentros con varones¹⁴; limitarse voluntariamente a los alimentos que se encuentran en la región¹⁵, sin ningún exceso, aun en la posesión de lo necesario¹⁶. 5. Al simplemente mencionarlas, todas estas cuestiones parecen íntimas y sin importancia, pero la experiencia demuestra cuánto es necesario luchar para cumplirlas exactamente. 6. Hay que recordar la perfección en la humildad, de manera de no tener presente la fama de los antepasados, ni enorgullecemos en poseer dones naturales, sean del cuerpo o del alma, y, tampoco, envanecemos por los elogios que otros hacen de nosotros. Todo esto es parte integrante de la vida evangélica¹⁷. 7. En fin, la austeridad en la temperancia, el compromiso serio en la oración, la simpatía en el amor fraterno, la predisposición a compartir con los necesitados, humildad de espíritu, contrición del corazón, pureza en la fe, serenidad en las aflicciones; no olvidar nunca ni abandonar jamás el recuerdo del inevitable y tremendo tribunal hacia el cual todos nos encaminamos con rapidez, aunque son poquísimos los que se inquietan en saber cómo terminará dicho juicio¹⁸.

Notas a la Carta 173

1. Traducimos de la edición de S. Y. Rudberg, *Etudes sur la tradition manuscrite de Saint Basile*, Lund 1953, 203-209, teniendo delante las traducciones de Y. Courtonne, *Lettres II*, París 1961, 108-109, y U. Neri - M. B. Artioli, *Opere...*, 642-643 y J. Gribomont, *Les Règles...*, 168-171. En cuanto a Teodora, nos dice D. Gribomont que lo ignoramos todo. Seguramente no habitaba en Cesárea, sino difícilmente hubiera tenido necesidad de escribirle a Basilio. Podría ser que fuera secretaria o, aun, la autoridad principal de un grupo ascético mixto que habría enviado a Basilio una serie de interrogantes a los que nuestro obispo responde. Ver Gribomont, *Les Règles...*, 167, para más detalles ver nuestra introducción.

2. Los títulos y la subdivisión que utilizamos son las de J. Gribomont, pero separando la carta 173 de la 22.

3. Anota Y. Courtonne que es bueno recordar que en aquellos tiempos no había servicio postal

oficial. Cada uno se servía de personas de su confianza para hacer llegar la correspondencia a destino. Ver Y. Courtonne, *Lettres II*, 108, nota 1.

4. *Noble Persona*, en griego *kosmiotés* fórmula que se usaba para dirigirse a personas piadosas de sexo femenino, según H. Zilliacus, *Untersuchungen zu den abstrakten Anredeformen un Höflich-keitstitela im Griechischen*, Helsingfors 1949, 70, cit. por J. Gribomont, *Les Règles...*, 167, nota 16.

5. *Magnífica observancia*, en griego *politeia*, es una palabra que a Basilio le agrada utilizar y que se hace eco de *Flp* 3,20 (ciudadanos del cielo): ver *GR* 8 y *Ep* 46,2. El subrayado es nuestro.

6. *Propósito*, el *propositum* es un término técnico utilizado desde los orígenes del monacato para referirse al compromiso monástico; ver L. T. A. Lorié, *Spiritual Terminology in the Latin Translations of the Vita Antonii*, Nimega 1955, 81 y 86. Ver *PR* 2.

7. *Promesa hecha en la profesión*: en griego *homologeô* y *epangelia*, términos técnicos, según J. Gribomont, *Les Règles...*, 170, nota 27.

8. Todos los cristianos, sin distinción, han elegido vivir según el evangelio. Para Basilio esa es la obligación que todos contraen con la renuncia y con la profesión de fe en el bautismo. Pero lo que distingue a los monjes es el empeño de vivir hasta en los más pequeños detalles dichas obligaciones comunes. Ver las referencias y textos que justifiquen dicha afirmación en U. Neri - M. B. Artioli, *Opere...*, 642, nota 2.

9. Según J. Gribomont, *Les Règles...*, 170, nota 30 esta observación sobre los pocos que cumplen con sus propósitos, podría ser una crítica velada a la observancia ascética de los discípulos de Eustacio de Sebaste. Ver arriba, nota 3.

10. *Pr* 27,20 (¿?). Ver *Mt* 12,36; *I Tm* 1,20.

11. *Mt* 5,28.

12. *Pr* 31,16; *Rm* 12,2 y *Ef* 6,15.

13. La vida cristiana es la restauración perfecta del orden originario de la creación, el querido por Dios antes del pecado original. Ver *De bapt* I,2 (*PG* 31,1536bc): “corrección del nacimiento... ocurrido en la sordidez de los pecados...”, citado según U. Neri - M. B. Artioli, *Opere...*, 535.

14. *I Tm* 2,9; ver *I Co* 14,34-35 y *GR* 33 y *Reglas Morales* 73,5-6.

15. *Pr* 30,8; *Flp* 4,11; *2 Co* 9,8; *GR* 20.

16. “sin ningún... necesario”: lo encerrado entre comillas es lo que Basilio define como temperancia (continencia), en griego *egkráteia*. Ver *GR* 16.

17. *Vida evangélica*, *euangelikós bíos*, como definición de la vida monástica, ver *Ep* 277, Y. Courtonne, *Lettres III*, 149.

18. Ver *Regula Benedicti* 4,44-47.

CARTA 22¹

TEXTO

I. Introducción

1. Ya que la Escritura inspirada determina muchas cosas que deben ser cumplidas por el que tiene celo en complacer a Dios², me ha parecido necesario, por ahora, responder únicamente a las preguntas suscitadas por vosotros mismos. Lo haré de acuerdo a lo que he aprendido de la misma Escritura inspirada³. 2. Me he visto forzado a redactar un breve “ayuda-memoria” para cada cuestión; dejo implícita la referencia (bíblica)⁴, fácil de hallar, confiando la identificación a aquellos que son asiduos lectores (de la Palabra)⁵, éstos serán capaces, luego, de recordársela a los otros.

II. Principios generales

1. Es necesario que el cristiano posea sentimientos⁶ dignos de la vocación celestial⁷, y que se porte en manera digna del Evangelio de Cristo⁸. 2. Nada debe disipar ni distraer⁹ al cristiano, ni apartarlo del recuerdo de Dios, ni de sus voluntades y juicios¹⁰. 3. El cristiano, trascendiendo¹¹ total y absolutamente las justificaciones legalistas¹², no jura¹³ ni miente.

III. Reglas sobre el uso de la palabra

1. (El cristiano) no debe injuriar¹⁴, 2. ni insultar, 3. ni querellarse¹⁵; 4. no debe vengarse¹⁶, 5. ni devolver mal por mal¹⁷, 6. ni encolerizarse¹⁸.
7. Hay que ser paciente¹⁹, soportándolo todo²⁰ y reprendiendo en el momento oportuno a quien lo ha injuriado, no haciéndolo por espíritu de venganza personal, sino con el ardiente deseo de la corrección del hermano, de acuerdo al mandato del Señor²¹.
8. No hablar jamás de un hermano ausente con el fin de desacreditarlo, ya que esto es maledicencia²², aun si fuese cierto lo que se afirma.
9. Hay que alejarse de aquel que difama a un hermano²³.
10. No se deben proferir bromas groseras²⁴.
11. No se debe reír²⁵ ni soportar a los instigadores de bromas groseras.
12. NO hay que proferir palabras vanas, ni lo que no sea para edificación de los oyentes²⁶, ni lo que no entra dentro de las cosas necesarias que nos son concedidas por Dios. Así, (por ejemplo), aquellos que trabajan se esforzarán por hacerlo silenciosamente²⁷; aun las palabras para edificación únicamente las deben proferir aquellos a quienes les fue confiada tal función, después de haber sido probados como dispensadores de la palabra²⁸ para edificación de la fe, de forma de no entristecer al Espíritu Santo de Dios²⁹.
13. Aquel que llega no debe, por iniciativa propia, hablar o reunirse con alguno de los hermanos; es necesario que previamente aquellos a los que se les ha confiado la responsabilidad de la disciplina general hayan evaluado si esto complace a Dios³⁰ para el bien común³¹.

IV. Austeridad

1. No hay que ser esclavo del vino³², ni dejarse dominar por la pasión de devorar carne³³, ni buscar placer en comida o bebida alguna³⁴, pues los atletas deben privarse de todo³⁵.
2. Ninguna de las cosas dadas a cada uno para su uso personal deben ser consideradas (por el interesado) como de su propiedad (privada)³⁶, ni nadie debe reservarlas para sí³⁷; por el contrario, considerando todo como propiedad del Señor, hay que tener cuidado en nada descuidar de entre los objetos eventualmente abandonados o tirados³⁸.
3. Nadie debe sentirse dueño de sí mismo, tenga, por el contrario, idénticos sentimientos³⁹,

comportándose como alguien que ha sido destinado por Dios al servicio⁴⁰ de los hermanos⁴¹, que forman con él una sola alma⁴². Pero cada uno en el orden que le corresponda⁴³.

4. Jamás está permitido murmurar⁴⁴, ni aun como consecuencia de las penurias⁴⁵ (soportadas) por la falta de cosas necesarias, ni tampoco por causa de los trabajos fatigosos. El juicio respecto a cada uno de estos asuntos está reservado a aquellos que están encargados de ordenarlos⁴⁶.

V. Modestia y dulzura

1. Jamás deben originarse griteríos u otros gestos y actitudes que manifiestan cólera⁴⁷ o disipación, evidenciando así palmariamente de que estamos lejos de ser plenamente conscientes de la presencia de Dios⁴⁸.

2. El tono de voz y su volumen deben elegirse de acuerdo a la necesidad (del que escucha)⁴⁹.

3. A nadie hay que responder con arrogancia o desprecio, sino mostrar siempre modestia⁵⁰ y respeto por todos.

4. No hay que guiñar⁵¹ maliciosamente con los ojos ni emplear otro ademán cualquiera, como el de señalar con los dedos o menear los pies, que puedan entristecer⁵² a un hermano o manifestarle desprecio.

VI. Humildad y subordinación

1. No hay que buscar la elegancia en ropas o calzados, eso es frivolidad⁵³. 2. Es bueno usar cosas sencillas, aquellas que responden a las necesidades del cuerpo⁵⁴.

3. No hay que usar nada más que lo estrictamente necesario, tampoco bajo capa o excusa de ostentosa prodigalidad: ¡eso es un abuso!⁵⁵.

4. No pretender honores ni ambicionar los primeros puestos⁵⁶. 5. Cada uno debe anteponer a (todos) los demás⁵⁷. 6 No ser insubordinado ni rebelde⁵⁸.

7. Aquel que puede trabajar, no debe comer sin hacer; nada⁵⁹; más aún, también aquel que esté ocupado en alguna obra buena⁶⁰, para gloria de Cristo, debe esforzarse y ser celoso en trabajar, según sus fuerzas se lo permitan⁶¹.

8. Es necesario que cada uno haga todo con la aprobación de los superiores⁶², con criterio y plena conciencia⁶³, aun el comer y el beber, ya que también esto debe realizarse para gloria de Dios⁶⁴.

9. No hay que cambiar de trabajo⁶⁵, sin la aprobación de aquellos que tienen el encargo de ordenar estas cosas, salvo en el caso de que una necesidad impostergable exija ayudar intempestivamente a alguno que no puede cumplir con su propio trabajo⁶⁶.

10. Cada uno debe permanecer en el lugar en el que ha sido colocado⁶⁷, sin inmiscuirse en lo que no le ha sido encomendado, sobrepasando los propios límites⁶⁸, a no ser que aquellos a los que estas cosas les están encomendadas evalúen que alguien tiene necesidad de ayudar.

11. Nadie debe ser hallado yendo de un taller a otro.

VII. Corrección fraterna

1. Nunca hay que obrar por espíritu de rivalidad o celotipia hacia alguien⁶⁹. 2. No hay que envidiar la buena fama de la que el otro goza, ni tampoco alegrarse por los defectos ajenos⁷⁰. 3. Imbuidos por el amor de Cristo hay que afligirse y entristecerse por los defectos del hermano, e, inversamente, alegrarse con sus buenas obras⁷¹.

4. No ser indiferente hacia los pecadores ni tampoco tolerarlos en silencio⁷².

5. Aquel que corrige a otro debe hacerlo con una ternura compasiva, por temor de Dios y con la finalidad de convertir al pecador⁷³.

6. El que recibe la corrección o el reproche debe aceptarlos con un corazón grande, reconociendo que es para ventaja suya⁷⁴.

7. Si alguien es corregido, nadie debe replicar al que corrige, en presencia del aludido o de terceros⁷⁵. Si ocurriera que la corrección pareciera poco razonable a alguno, este tal hable en privado con quien la haya hecho, de manera de convencerlo o dejarse convencer.
8. Cada uno, como pueda, debe satisfacer a aquel que tenga algo en contra suyo.
9. No hay que guardar resentimiento ni recelo contra el pecador arrepentido, sino perdonarlo de todo corazón⁷⁶.
10. Aquel que dice arrepentirse de un pecado, no debe sentirse meramente arrepentido y compungido por el mal que ha hecho, sino realizar condignos frutos de penitencia⁷⁷.
11. Aquel que corregido por sus primeros pecados, fuese hallado digno de perdón, si cae en pecado nuevamente, se prepara un juicio de cólera peor que el primero. 12. Si alguno después de la primera y segunda admonición persevera en su defecto, hay que notificarlo al prepósito⁷⁸, con la esperanza que, al verse reprendido por muchos sienta vergüenza. Pero si aun así no se corrigiese, no queda otro remedio que rechazarlo como escándalo⁷⁹, teniéndolo por pagano y publicano⁸⁰, a fin de salvaguardar la seguridad de aquellos que celosamente se ejercitan en la obediencia, según aquello de: *Cuando los impíos tropiezan, los justos se llenan de temor*⁸¹. Pero hay que hacer duelo por él, como cuando un miembro es arrancado del cuerpo⁸².
13. No debe ponerse el sol sobre la irritación de un hermano, por temor a que la noche separe a uno del otro, dejando detrás suyo un reproche inexorable para el día del juicio⁸³.
14. No hay que pretender esperar el momento favorable para (proceder a) la propia corrección, ya que nadie está seguro del mañana⁸⁴; ¡tanta gente, llena de proyectos, no llegará al día de mañana!⁸⁵.

VIII. Pobreza

1. No hay que dejarse seducir por la saciedad del vientre, ya que engendra fantasías nocturnas⁸⁶.
2. No hay que dejarse arrastrar a realizar trabajos desmedidos, buscando (acumular) más de lo que es necesario para uno mismo, según lo que dice el Apóstol: *teniendo comida y bebida estemos satisfechos*⁸⁷, pues la abundancia superflua revela avaricia y la avaricia es condenada como idolatría⁸⁸.
3. No hay que amar el dinero, ni atesorar cosas inútiles y que no es conveniente tener⁸⁹.
4. Es indispensable para aquel que se acerca a Dios abrazar la pobreza en todo⁹⁰, estando transido por el temor de Dios, según aquel que dijo: *Atraviesa mis carnes con tu temor, porque he sentido temor de tus juicios*⁹¹.

IX. Conclusión

Os conceda el Señor, a vosotros que habéis recibido con plena convicción las reglas aquí enunciadas, el que mostréis para gloria de Dios, frutos dignos del Espíritu, por la benevolente voluntad del Padre y la ayuda⁹² de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

*Abadía de Santa María
C. C. 8 - 6015 Los Toldos (B) - Argentina*

Notas a la Carta 22

1. Usamos los títulos, la división en versículos y el aparato crítico de J. Gribomont, *Les Règles...* (nota 1, introducción). Traducimos del texto griego del mismo Gribomont publicado por M. Forlin Patrucco, *Basilio di Cesarea, Le lettere I*, Turín 1983, 134-141 comparado con el de Y. Courtonne, *Saint Basile, Lettres I*, París 1957, 52-57. Volviendo al título de nuestra epístola, la tradición manuscrita, en parte, le da por título "Sobre la perfección de la vida monástica", título que no es basiliano, ya que el mismo Basilio, en el cuerpo de la epístola sólo habla de cristianos y no de monjes. Ver notas 8, 13 y 17 a *ep.* 173 y U. Neri - M. B. Artioli, *Opere...*, 635, nota 1.

2. “El celo en complacer a Dios”, es una expresión familiar a Basilio. Ver U. Neri, *Basilio di Cesarea, Il Battesimo*, Brescia 1976, 125-127 donde en nota se dan toda una serie de textos basilianos.
3. De hecho, comenta Gribomont, *Les Règles...* 175, nota 50 y 53 por un lado las respuestas dadas en la *ep.* a las cuestiones directamente formuladas por los corresponsales, no tienen base bíblica directa; por otra parte la preocupación de un fundamento bíblico seguro es algo fundamental y básico en el mismo Basilio como lo demuestra U. Neri, *ob. cit.*, 54-64.
4. Tratándose de un *enchiridion* bíblico, daremos en nota no sólo los textos más directamente implicados por las palabras del texto, sino también aquellos que en base a la doctrina común de Basilio son los textos que en la intención de nuestro legislador fundamentan la regla en cuestión. Lo hacemos basados en las notas de buenos conocedores de Basilio como Gribomont, Neri y Artioli y Forlin Patrucco.
5. Para tratar de ser fieles discípulos de Basilio y queriendo ser de los asiduos lectores de la Palabra no dejamos, entonces, sin referencias bíblicas al lector. Ver además PR 96 (= Rufino 81).
6. Ver *Flp* 2,5; 3,15 y *ICo* 3,2.
7. *Ef* 4,1; ver *Hb* 3,1.
8. *Flp* 1,27.
9. *No distraerse o disiparse*: traducimos con ambas palabras un solo vocablo griego (*ameteôriston*) que Basilio toma de *Lc* 12,29. Ya lo había empleado en *Morales* 52,3. Ver Gribomont, *Les Règles...*, 176. El concepto de la distracción/disipación, -que distrae al alma de los pensamientos según Dios-, es importante en la doctrina ascética de Basilio, ver los paralelos basilianos en U. Neri - M. B. Artioli, *Opere...* 350, nota 85 y 472, nota 874.
10. La doctrina de la “memoria Dei” es característica de Basilio, ella se basa en una concepción de la memoria entendida como una realidad situada a un nivel más profundo que el de la mera atención psicológica consciente. Está basada en el concepto de la teología paulina de que somos “templo de Dios” (*I Co* 3,16). Ver J. Gribomont, *La preghiera secondo san Basilio*, en *La preghiera nella Bibbia e nella tradizione patristica e monastica*, Roma 1964, 371-398. Ver *Ep.* 2,4,4 y *GR* 5 y 6.
11. Traducimos como si “total y absolutamente” (*en pasi*) estuvieran referidos a la primera parte de la frase; Gribomont, pensando en el influencia de *Mt* 5,34 los relaciona con la segunda parte. Ver *Les Règles...*, 177.
12. *Mt* 5,20; ver *Morales* 43,3 y 80,22. Lo de “legalistas” no se refiere al judaísmo del siglo Iº; Basilio tiene en vista el formalismo de una iglesia anclada en las apariencias exteriores; la reacción versus el fariseísmo va entendida como deseo de una espiritualidad y una moral interiorizadas. Es la opinión de Gribomont, *o. c.*, 177 seguido por Forlin Patrucco, *Lettere I...*, 340 en contra de la opinión expresada por Courtonne, *Lettres I*, 53, nota 1.
13. *Ef* 4,25; *Col* 3,9 y *Mt* 5,34.
14. *Tt* 3,2. Si se prefiere la referencia a *I Tm* 1,20 habría que traducir “no debe blasfemar” como lo hace Gribomont, *o.c.* 177, nota 70. Las palabras entre paréntesis son aclaratorias.
15. *I Tm* 1,13 y *2 Tm* 2,24.
16. *Rm* 12,19.
17. *Rm* 12,17; ver *I Ts* 5,15.
18. Ver *Mt* 5,22 y *Ef* 4,26.
19. Ver *St* 5,17 y *I Co* 13,4.
20. Ver *I Co* 13,7.
21. *Mt* 18,15-17.
22. Ver *St* 4, 11 ss y *2 Co* 12,20.
23. *Sal* 100,5.
24. Ver *Ef* 5,4.
25. *Lc* 6,25; *St* 4,9.
26. *Mt* 12,36. Obsérvense la combinación de las citas de *Mt* 12,36; *Ef* 5,4, *Lc* 6,25. La “palabra vana” (= todo discurso no realizado para gloria de Dios) es uno de esos típicos casos de faltas que Basilio y la tradición monástica condenan (ver *Regula Magistri* 9,51 y *Regula Benedicti* 6,8), basados en la Escritura Santa. Ver además PR 220 (Rufino 174).

27. Ver *2 Ts* 3,12. De acuerdo a la cita paulina (alusiva), habría que traducir: "... se esforzarán por hacerlo *pacíficamente*", pero con Gribomont traducimos: "silenciosamente", en *o. c.*, 178, nota 87. El silencio y la paz en la comunidad son tema central en *Morales* 25,2; *GR* 13 y *PR* 23 (Rufino 40); 208 (Rufino 136) y 266.
28. No es fácil identificar una fuente bíblica, M. Forlin Patrucco, *Lettere I, ...*, 341, propone *I Co* 4,1 y 9,7.
29. *Ef* 4,30; ver *Morales* 25,2 y *PR* 23 (Rufino 40).
30. La disciplina de los contactos con los visitantes está basada en *I Co* 7,24 y *Hch* 6,2. Ver *PR* 141 (Rufino 101) y *PR* 313.
31. *I Co* 12,7. Las *reglas* III,12-13, en las cuales el fundamento bíblico es menos claro, ya que se trata de coincidencias de vocabulario solamente, constituyen sin embargo, -observa M. Forlin Patrucco, *o. c.*, 341-, el aspecto más importante en la mente de Basilio, a tal punto que las normas precedentes parecieran no tener otra función que la de prepararlas.
32. *Tt* 2,3.
33. *Nm* 11,4.
34. *2 Tm* 3,4 y *PR* 126 (Rufino 148).
35. *I Co* 9,25.
36. *Hch* 2,44 y 4,32. Los paréntesis son aclaraciones.
37. Ver *Lc* 12,24; *Hch* 5,2.
38. Sin fundamento bíblico; ver *PR* 143-144 (Rufino 103-104).
39. *Flp* 2,5.
40. *Mc* 10,44; *Ga* 5,13; ver *Morales* 45,2 y *PR* 115 (Rufino 64).
41. Con la profesión monástica se ha cesado de ser dueño de sí mismo y se está consagrado al servicio (*douleía*); ver *GR* 1 y 31 y U. Neri - M. B. Artioli, *Opere...*, 637, nota 27. Con los manuscritos ascéticos Gribomont y Forlin Patrucco omiten "hermanos".
42. *Hch* 4,32.
43. *I Co* 15,23.
44. Ver *I Co* 10,10; *Nm* 17,6-15.
45. *Rm* 8,35; *2 Co* 6,4-5 y 11,27.
46. En los manuscritos ascéticos se habla de los vigilantes a quienes se confió dicho cargo; son términos extraños ala Escritura.
47. *Ef* 4,31.
48. Ver *PR* 21 (Rufino 34). Notar cómo Basilio fundamenta el respeto mutuo entre los hermanos por la presencia de Dios.
49. No hay referencia bíblica; ver *Ep.* 2,5 y *PR* 151 (Rufino 130).
50. *Tt* 3,2; *Flp* 4,5.
51. Combinación de *Pr* 6,13 y 10,10.
52. Ver *Rm* 14,15.
53. *I Co* 13,4; ver *Sal* 143,12.
54. Ver *Jn* 6,9 y *Lc* 10,38-42.
55. Ver *I Co* 7,31.
56. *Mt* 23,6 y *Lc* 14,7.
57. Ver *Flp* 2,3 y *PR* 216 (Rufino 161).
58. *Tt* 1,10 y *I Tm* 1,9.
59. Ver *2 Ts* 3,10. La insistencia en el trabajo manual debe tal vez ser entendida como reacción contra la pobreza extrema practicada por los discípulos de Eustacio; ver Gribomont, *o. c.*, 182.
60. Expresión no del todo clara -la de "obra buena", que tal vez haya que entender en el sentido de "obra excepcional" según Gribomont, *o. c.*, 181, nota 125; Forlin Patrucco la entiende en el sentido de ministerios apostólicos o de responsabilidades especiales que "per se" podían justificar la imposibilidad de ganarse la vida con trabajos manuales, en *o. c.*, 343.
61. *I Ts* 2,9 y 4,11.
62. Traducimos *proestóos* por superior, -Rufino traduce por "el que preside"-, aunque según Gribomont no es aun término técnico monástico, ver *o. c.*, 181, nota 128 y Forlin Patrucco, *o. c.*, 343.
63. Ver *Rm* 14,13.

64. Ver *1 Co* 10,31 y *Col* 3,17.
65. El texto base es el de *1 Co* 7,20, muy querido por Basilio, pero cuya aplicación no es obvia dice Gribomont, *o. c.*, 181, nota 131.
66. Ver *Ga* 2,9.
67. Ver *1 Co* 9,17.
68. Ver *1 Co* 7,24.
69. *Lc* 22,24 y ver *Rm* 12,3.
70. *1 Co* 3,3; *Sal* 34,19.
71. Ver *1 Co* 13,6; *PR* 79.
72. *Mt* 18,15; *PR* 25 (Rufino 42).
73. *2 Co* 2,4; *Ga* 6,1.
74. Ver *2 Tm* 4,2.
75. Ver *Tt* 2,9 y *PR* 69,
76. Ver *Mt* 5,23-24; 6,14-15 y 18,35; *1 Co* 4,12-13.
77. Ver *Lc* 3,8; *Mt* 3,7-11; *Jn* 5,4 y *PR* 296-297.
78. *Mt* 18,17; notar que el “decirlo a la iglesia” de *Mt* se transforma “en decirlo al que preside (al preposición)”, observa D. Gribomont en *o. c.*, 184, nota 148.
79. *2 Co* 2,6 y *Mt* 5,29-30.
80. Ver *Mt* 18,17 y *PR* 170 (Rufino 115).
81. *Pr* 29,16, en una versión libre que curiosamente se halla casi idéntica en el Seudo Cipriano, *De singularitate clericorum*, como observa Gribomont, *o. c.*, 184, nota 152.
82. *Mt* 5,30 y 18,8; *2 Co* 7,7; *GR* 28 y *PR* 3; 9; 57; 61; 12 y 232 (Rufino) 3;28;175).
83. *Ef* 4,26 y *PR* 248 (Rufino 153).
84. *Rm* 2,4-5.
85. *Lc* 12,16-20.
86. *Flp* 3,19; *PR* 22y 71.
87. Ver *Lc* 10,40 y para la cita *1 Tm* 6,8.
88. Ver *Col* 3,5.
89. *Mt* 6,19; ¿*Lc* 12,20?
90. Ver *1 Tm* 6,8.
91. *Sal* 118,120.
92. “Ayuda” o “concurso” (en griego *synergia*); ver *Ga* 5,22.

CuadMon 84 (1988) 102-109
ENRIQUE CONTRERAS, OSB

LA EPÍSTOLA 223: EL PERFIL HUMANO DE BASILIO¹

INTRODUCCIÓN

En sus esfuerzos por lograr la unidad de la Iglesia y la plena aceptación de la fe nicena el santo siempre intentó mantener la comunión con sus hermanos en el episcopado, pero cuando se llegaba a un punto en que esta no era posible pues se conculcaba la verdadera fe, tampoco vacilaba en dar el paso necesario. Así sucedió con Eustacio de Sebaste. Este hombre notable había nacido hacia el 330, siendo uno de los iniciadores del ascetismo en Asia Menor. Llegó a la sede episcopal antes del 357, liderando al mismo tiempo algunos grupos contéstanos de vida ascética. Basilio se le unió en los primeros años de su existencia cristiana, junto a otros ascetas, pero aportando al mismo tiempo su contribución evangélica y filosófica. Eustacio, apoyado por Basilio, se opuso fuertemente a Eunomio y se distinguió por la adhesión a la fe nicena como también por mantener firme su comunión con Roma (año 364). Por el contrario, el obispo de Sebaste se mostraba muy escéptico frente a Melecio de Antioquía, con quien Basilio tenía una muy buena relación considerándolo el verdadero obispo de esa ciudad contra el parecer de Paolino, Atanasio y el Occidente. El de Cesárea compartía además con Melecio la certeza de que el Espíritu Santo debe ser adorado en cuanto que es verdaderamente Dios. Esta actitud fue provocando, cada vez, un mayor distanciamiento entre Basilio y Eustacio, a pesar de todos los esfuerzos que, en vano, aquel llevó adelante con el fin de lograr un acuerdo. En el 373 el mismo Basilio fue víctima de los ataques de Eustacio, y dos años más tarde ya fue imposible mantener oculta la ruptura entre ambos obispos. Fue en ese momento que Basilio publicó el *Tratado sobre el Espíritu Santo*: cuyo núcleo central (caps. 10-27) es la reconstrucción de un diálogo que había tenido con su antiguo maestro en Sebaste (año 373), luego del cual aquel le había asegurado su adhesión, para más tarde pasarse definitivamente a las filas de los *pneumatomacos*, llamados también *macedonianos*; poco había durado el convencimiento del viejo asceta. Este suceso provocó, en especial luego de la muerte de Basilio, que se hiciera un silencio total sobre la figura de Eustacio y su influencia sobre Basilio; el otrora maestro había pasado al bando de sus adversarios y, por añadidura, hereje. Sin embargo, es esta influencia la que explica la evolución dogmática y ascética del obispo de Cesarea.

Fue justamente en esas difíciles circunstancias, el mismo año 375, que Basilio escribió su epístola 223, dirigida al mencionado Eustacio. En ella expresa claramente sus convicciones y el dolor que le provoca tener que llegar a la ruptura total. La carta es también una suerte de autodefensa frente a las calumnias de las que ha sido objeto. Basilio abre su corazón herido y pone a nuestro alcance varios detalles de su vida. Con todo, debe leerse con cautela ya que en varios pasajes el santo carga las tintas, particularmente a la hora de juzgar su conducta antes del bautismo, otro tanto debe decirse del tiempo que, según él, perdió en los estudios.

La carta 223, cuya traducción presentamos, nos ofrece un perfil muy humano del gran obispo. Tal vez, no resulte de fácil lectura, sobre todo porque en más de una ocasión Basilio sigue una construcción gramatical bastante libre en que las ideas no se suceden con un estricto orden lógico, pero el esfuerzo se ve ampliamente recompensado por la riqueza de vida, de sentimientos y de fe que nos regala.

TEXTO²

A Eustacio de Sebaste

1. “Hay, dice la Escritura, un tiempo para callar y un tiempo para hablar”, así habla el

Eclesiastés (3,7). Por tanto, también ahora ya que el tiempo del silencio ha durado suficientemente es oportuno abrir la boca para dar a conocer las verdades que se ignoran. Cuando el gran Job soportó por mucho tiempo sus desgracias en silencio, mostró su coraje por la firmeza de la que daba prueba en los sufrimientos más intolerables; pero prolongado suficientemente su silencio y perseverando en ocultar su pena en el fondo de su corazón, entonces abrió la boca e hizo escuchar aquellas bellas palabras por todos conocidas (*Jb* 3,1). Y nosotros, que guardamos silencio por más de dos años, tenemos envidia del Profeta que se gloria diciendo: “He llegado a ser como un hombre que no oye y no tiene respuestas en su boca” (*Sal* 37,15). Por eso hemos encerrado en el fondo de nuestro corazón el dolor que la calumnia nos causa. Realmente la calumnia humilla al hombre, la calumnia extravía al hombre (*Qo* 7,7.8). Si, pues, el mal causado por la calumnia es tan grande que hace descender de la altura al que ya es perfecto (es esa perfección que la Escritura da a entender con el nombre de nombre), y que el pobre, es decir el hombre desprovisto de grandes creencias (como le parece al profeta que dice: “Puede ser que sean pobres, y por eso no entienden; iré a los príncipes” [*Jr* 5,4.5], porque llama pobres a los desprovistos de inteligencia; lo mismo aquí, evidentemente), aquellos en los que no se ha formado todavía el hombre interior, y no han llegado a la medida perfecta de la edad (son aquellos de los que el proverbio dice que se extraviaron y se agitaron), ... pero estimaba que debía soportar en silencio mis penas y esperar de los solos acontecimientos una mejoría³. No es, con todo, por maldad, sino por ignorancia de la verdad que esos malos propósitos se han dirigido contra nosotros. Pero como veía que el odio (*de ellos*) aumentaba con el tiempo y no se arrepentían de lo que habían dicho desde el principio, que no se preocupaban de saber cómo podrían reparar el pasado, sino que renovaban sus esfuerzos y ordenaban sus batallones para conseguir el fin que, desde el comienzo, se habían propuesto: hacer desgraciada nuestra vida y manchar nuestra reputación ante los hermanos con sus maquinaciones, el silencio no se presentó más como una seguridad. Me vino (*al espíritu*) lo que dice Isaías: “Me callé, ¿me callaré y soportaré siempre?” (*Is* 42,14). Quiera (*Dios*) que también nosotros recibamos la recompensa por nuestro silencio y tengamos algo de fuerza para la refutación, para que por la refutación podamos secar ese torrente amargo de mentira derramado sobre nosotros, de modo que podamos decir: “Nuestra alma ha atravesado un torrente”, y: “Si el Señor no hubiera estado con nosotros cuando los hombres se levantaban contra nosotros, acaso nos habrían tragado vivos, acaso el agua nos hubiera sumergido” (*Sal* 123,4.5).

2. Mucho tiempo dispensé a la vanidad, y casi toda mi juventud la perdí en el vano esfuerzo al que me aplicaba para adquirir las enseñanzas de la sabiduría que ha sido declarada insensata por Dios. Hasta que un día me desperté como de un sueño profundo, y torné mi vista hacia la admirable luz de la verdad del Evangelio, viendo la inutilidad de la sabiduría de los príncipes de este siglo, que son caducos (ver *1 Co* 2,6). Lloré mucho por mi miserable vida, deseando que me diesen enseñanzas para iniciarme en los dogmas de la piedad. Ante todo, tenía preocupación por realizar una modificación de mis costumbres por mucho tiempo pervertidas por el trato con gente de mala vida. Habiendo conocido el Evangelio y habiendo observado que un medio muy eficaz para alcanzar la perfección era vender los bienes, compartiendo (*el producto*) con los hermanos pobres, y estar enteramente libre de las preocupaciones de esta vida, no permitiendo a ninguna simpatía desviar el alma hacia las cosas de aquí abajo, deseaba encontrar entre los hermanos alguno que hubiese elegido ese camino de vida. Como para poder atravesar con él el torrente profundo de la vida. Hallé muchos (*de estos hermanos*) en Alejandría, muchos en el resto de Egipto, y otros en Palestina, en Celesiria⁴ y en Mesopotamia. Admiraba su abstinencia en la comida, su constancia en los trabajos, me impresionaba su perseverancia en las oraciones como también el modo en que dominaban el sueño: ninguna necesidad natural podía hacerlos desistir, mantenían siempre alto y libre el pensamiento del alma, en el hambre y en la sed, en el frío y la desnudez, no prestando atención a su cuerpo, no consintiendo en darle ningún cuidado. Como si vivieran en una carne extranjera, mostrando con sus acciones lo que es ser extranjero aquí abajo y lo que es tener una ciudad en el cielo. Admiraba aquella virtud y declaraba bienaventurada la vida de esos hombres, pues con sus obras mostraban que llevaban en sus cuerpos la muerte de Jesús (ver *2 Co* 4,10), y yo mismo tenía el deseo, en la medida que yo pudiese llegar, de ser émulo de aquellos hombres.

3. Por eso, viendo algunos de mi patria esforzarse por imitar aquellas virtudes, creí haber hallado alguna seguridad para mi salvación, y consideraba lo que veía como una revelación de lo invisible. Entonces, como no se pueden conocer los sentimientos secretos de cada uno de nosotros, pensaba que una ropa humilde era una señal suficiente de humildad, y me bastaba para estar convencido el manto tosco, el cinturón y el calzado de cuero crudo. Muchos me querían alejar de la sociedad de esos hombres, pero yo no me convencía, viendo que preferían la vida de paciencia a la del deleite, y por ese modo de vida los defendía calurosamente. Por lo cual no admitía acusaciones sobre sus creencias, aunque muchos afirmaban que no tenían ideas rectas sobre Dios y que, instruidos por el jefe de la herejía actual, esparcían secretamente sus doctrinas. Mas como no les había oído decir esas cosas, consideraba a los que las contaban como calumniadores. Cuando después fuimos llamados al gobierno de la Iglesia, se nos dieron hombres para vigilar y espiar nuestra vida, con la excusa evidentemente de asegurarnos una ayuda y una comunión de afecto: los acepté en silencio, para no aparecer o acusarme a mí mismo diciendo cosas increíbles o, si me creían, darles a los que me creían un motivo de misantropía. Es lo que por poco me sucedió, si no hubiese sido alertado por las misericordias divinas. Pues casi llegué a dudar de todos, convencido como estaba que no había buena fe en nadie: fui golpeado en mi alma por esas dolosas acciones. Pero igualmente había, mientras tanto, entre nosotros una apariencia de relaciones con ellos. Y se emitieron ideas sobre los dogmas, una vez, dos veces; y no aparecimos estar en desacuerdo, sino en sintonía. Como ellos descubrían que proferíamos las mismas palabras sobre la fe en Dios, las que en todo tiempo habían escuchado de nosotros (aunque nuestra situación sea digna de gemidos, con todo me animo a vanagloriarme de una cosa en el Señor: que nunca tuve ideas erróneas sobre Dios, ni haber cambiado de sentimientos para aprender una doctrina nueva. La noción de Dios que recibí desde la infancia de mi bienaventurada madre y de mi abuela Macrina, la conservé y la dejé crecer en mí mismo; no fui de una a otra opinión cuando tuve plena razón, sino que completé los principios que me habían transmitido. Como lo que crece de pequeño y llega a ser grande restando idéntico a sí mismo, no cambiando de género, sino que con el crecimiento se perfecciona, así también pienso que en mí es la misma doctrina la que ha crecido por los progresos)..., de suerte que examinen ellos su conciencia, que piensen en el tribunal de Cristo, y digan si alguna vez han escuchado de nosotros otra cosa que la que ahora decimos, ellos que ahora nos citan a propósito de una opinión perversa, y que con las cartas infamantes que han escrito contra nosotros han ensordecido los oídos de todos. De donde la necesidad de presentar esta apología.

4. No somos culpados de blasfemia contra Dios por un cierto escrito tras el cual nos protegimos, sino por algunas palabras, no escritas, que siempre pronunciamos públicamente ante las iglesias de Dios. Tampoco se ha encontrado un testigo para decir que escuchó de nosotros pronunciar en secreto palabras impías. ¿Por qué somos juzgados si nada hemos escrito, si no causamos daño por nuestros discursos públicos, si no desviamos en los diálogos familiares a aquellos con quienes hablamos? ¡Oh nuevo drama! “Un tal, dice él, en Siria escribió cosas muy impías. Tú le has escrito a él hace veinte años, o más. Estás, pues, en comunión con ese hombre, y las acusaciones hechas a él también a tí se te hacen”. Pero, ¡oh hombre amigo de la verdad!, que has aprendido que la mentira es obra del diablo, ¿cómo te dejas convencer que aquella carta era mía? Nada enviaste, nada preguntaste, nada de mí supiste que pudiera decirte la verdad. ¿Y si la carta fuese mía, cómo podías tener claro que esa obra que te caía entre las manos es del mismo tiempo que mi carta? ¿Quién te dijo que ese escrito tenía veinte años? ¿Cómo podías ver que era la obra de aquel hombre que había enviado la carta? ¿Si él era el autor, y si yo le había escrito, si mi carta y ese escrito son contemporáneos, demuestra eso que le di mi aprobación y que tengo en mí mismo esos sentimientos, lo demuestra?

5. Interrógate a ti mismo: ¿cuántas veces nos visitaste en el monasterio junto al río Iris, cuando estaba con el amado hermano Gregorio, que deseaba realizar el mismo ideal de vida que yo? ¿Has oído algo de tal naturaleza o has recogido una explicación pequeña o grande? ¿En Eusinoé, cuando me invitaste, estando por partir con gran número de obispos hacia Lampsaco⁵,

los discursos no eran sobre la fe? ¿No estaban todo el tiempo numerosos taquígrafos junto a mí cuando dictaba los argumentos contra la herejía? ¿No estaban tus fieles discípulos todo el tiempo conmigo? ¿No iba a visitar las reuniones de hermanos y pasaba la noche orando con ellos, hablando y escuchando hablar siempre sobre Dios sin espíritu de discordia? ¿No presentaba argumentos precisos y claros de mis ideas? ¿Cómo la experiencia adquirida en tan largo tiempo aparece así más ruinosa que la debilidad de una sospecha? ¿Quién más que tú debiera ser testigo de mis sentimientos? ¿Qué dijimos en Calcedonia sobre la fe, qué dijimos a menudo en Heraclea⁶, qué dijimos antes en los suburbios de Cesárea, acaso todas las palabras nuestras no son una sinfonía? Además, ya lo he dicho, considera en nuestros discursos algún crecimiento debido al progreso; no es el cambio lo que te hace pasar de peor a mejor, sino el llenado de las lagunas, según el aporte del conocimiento. ¿Cómo no pensaste en aquello de que el padre no cargará el pecado del hijo, ni el hijo cargará el pecado del padre, cada uno morirá en su propio pecado? (ver *Ez* 18,20). Para mí no es ni un padre, ni un hijo el que es calumniado por ti. Pues no fue ni mi maestro, ni mi discípulo. Si es necesario que los pecados de los padres devengan acusación contra los hijos, mucho más justo es que los actos de Arrio se vuelvan contra sus discípulos. Y si alguno ha engendrado al hereje Aecio⁷, las acusaciones contra los hijos caen sobre la cabeza del padre. Mas si no es justo que alguien sea acusado por estos motivos, es ciertamente mucho más justo que nosotros no debamos rendir cuentas por los que no tienen ninguna relación de parentesco con nosotros, si es que han pecado totalmente, si alguna cosa han escrito que merezca la condenación. Me perdonarán, pues, si no creo en lo que se dice contra ellos, puesto que mi propia experiencia confirma la facilidad con que los calumniadores acusan.

6. Y si equivocados y convencidos que yo comparto la opinión de los que escribieron esas palabras de Sabelio⁸ que ellos mismos pisotearon, llegaron por eso hasta acusarme, no serían dignos de perdón, porque lanzan enseguida sus blasfemias sin pruebas evidentes y hacen daño a los que ni siquiera han vivido con ellos, para no hablar de aquellos con los que se han relacionado en la más íntima amistad; y que tuviesen en ellos sospechas falsas muestra que no obraron conforme al Espíritu Santo. Es necesario inquietarse por muchas cosas, pasar muchas noches sin dormir y pedir a Dios con muchas lágrimas la verdad, si se medita cortar la amistad con un hermano. Los príncipes de este mundo, cuando deben condenar a muerte algún malhechor, corren las cortinas y llaman a los más expertos para examinar las cuestiones propuestas. Reflexionan mucho tiempo pues ora ven la rigidez de la ley, ora los retiene el respeto a la comunidad, y con muchos lamentos deploran también la necesidad, haciendo ver a todo el pueblo que observan la ley por necesidad; no por placer personal dictan la sentencia del juicio. ¿Cuánta más reflexión y cuidado se necesita, y de un consejo de muchos miembros, para considerar digno su proyecto el que medita romper la amistad con los hermanos, por tanto tiempo consolidada? Además hay una sola carta, y está ambigua. No se puede decir, en efecto, que la ha reconocido por los caracteres de la escritura, pues no era la originalmente escrita, sino que tuvo en la mano una copia. Es una sola carta y ésta antigua. Veinte años han pasado desde el tiempo en que se escribió algo a aquel hombre hasta el presente. En ese intervalo de tiempo no tengo ningún testigo de mis decisiones y de mi vida, como los que ahora comparecen contra mí acusándome.

7. Pero no es la carta la causa de la separación, por otro motivo se explica la división: el decirlo me da vergüenza y por siempre callaría si lo que ahora ha sucedido no me obligase a presentar abiertamente, para utilidad de muchos, todo el plan de ellos. ¡Esos hombres de bien deben pensar que en nuestra comunión encuentran un obstáculo para recobrar su poder! Por eso presentamos una profesión de fe para que ellos la firmaran, no porque desconfiáramos de sus sentimientos, lo confieso, sino que deseábamos curar las sospechas que tenían muchos de nuestros hermanos, que sentían como nosotros, sobre ellos. He aquí porque, para que no se les presentase ningún obstáculo, a causa de esa profesión, que les impidiese ser recibidos por los poderosos del momento, renunciaron a nuestra comunión; y la excusa de la ruptura: esa carta que fue imaginada. Un signo clarísimo de lo que decimos es que nos han apartado y han combinado contra nosotros las calumnias que han querido, y antes de enviarnos la carta la

hicieron circular por todas partes. Pues siete días antes que llegase a mis manos la carta fue vista por algunos que la habían recibido de otros, y estaban a punto de hacerla circular. Así, les parecía haberse pasado la carta el uno al otro para que rápidamente circulase por toda la región. Y esto decían todavía, y a pesar de todo, los que nos informaban sobre la conducta de aquellos. Nosotros juzgamos conveniente callarnos, hasta que Él, que revela las profundidades, hiciese públicas sus intenciones con pruebas evidentes e irrefutables.

*Abadía de Santa María
C.C. 8 - 6015 - Los Toldos (B)
Argentina*

1. Ver J. Gribomont, *art. cit.*; y del mismo especialista el artículo dedicado a Eustacio en el mencionado diccionario patristico (ver bib.): cols. 1303-1304. Por lo que hace a la composición del *Tratado sobre el Espíritu Santo* no todos los estudiosos comparten los puntos de vista de Gribomont; ver B. Pruche en la introducción a la edición de dicha obra: *Sch 17 bis*, París 1968, pp. 73 ss.
2. Traducimos de la edición de Yves Courtonne, París 1966, vol. 3, pp. 8-17.
3. Este es un ejemplo de la muy libre construcción gramatical que sigue Basilio en algunos pasajes de la presente epístola. Otro caso se halla en el párrafo 3. Los subrayados entre paréntesis son inclusiones nuestras para una mejor comprensión del texto.
4. Región de Siria ubicada entre el Líbano y el Antilíbano.
5. *Lampsaco* es una ciudad situada sobre el Helesponto (estrecho de los Dardanelos) donde en el 364 se celebró un concilio de obispos *homeousianos*, quienes afirmaron la validez de la fórmula antioquena del 341. Esta fue completada con la proposición del *homoiousios* (semejante según la *ousía*), que quería poner de manifiesto la distinción de las *hypostasis* divinas. ¿*Eusinoé* se refiere a la región próxima al *Pontus Euxinus* (Mar Negro), o es una ciudad?
6. Probablemente se trata de la *Heraclea* situada en *Tracia*, no muy distante de Caldedonia, y próxima también a Constantinopla.
7. *Aecio* de Antioquía entre el 355 y el 365 fue un representante de punta del arrianismo radical, también llamado *anomeismo*. Era de origen sirio. Parece que en una discusión pública que tuvo lugar entre el 358 y el 360, redujo al silencio, con su gran habilidad dialéctica, a Eustacio de Sobaste y a Basilio de Ancira.
8. *Sabelio* es un exponente del monarquianismo patripasiano, que fuera condenado hacia el 220 en Roma.